

EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTIFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Nú.n. 839

Alicante 8 de Enero de 1887.

Año XVIII.

ALOCUCION

DIRIGIDA POR SU SANTIDAD

EL PAPA LEON XIII

AL SACRO COLEGIO

EN RESPUESTA

DEL MENSAJE DE FELICITACION

que á nombre del mismo

LEYO EL CARDENAL DECANO

MONS. SACCONI

CON MOTIVO DE LA FIESTA DE LA
NATIVIDAD DE NRO. SEÑOR JESUCRISTO

La parte que el Sacro Colegio, por conducto de su Decano toma en Nuestras amarguras y los votos que hace por Nuestra ventura, aprovechando la feliz circunstancia de las fiestas de Navidad, Nos son por todo extremo agradables, y en justa cor-

respondencia Nós hacemos también por todos los miembros del Sacro Colegio los votos más ardientes de verdadera prosperidad. Pueda el júbilo que emana de la cuna del Divino Redentor penetrar en todos los corazones, sostenerlos en medio de las angustias y de los temores que inspira el desquiciamiento de la época presente y confortarlos con la abundancia de los consuelos celestiales.

Nós también, verdaderamente, sentimos la necesidad de estos consuelos. Y no es porque Nós, como en otras ocasiones hemos manifestado, experimentemos aflicción y amargura por lo que contra Nuestra persona se comete, atacada todos los días por las ofensas y ultrajes más sangrientos. Cuando se padecen por la Iglesia y por la justicia, todas las ofensas y ultrajes ofrecen en sí mismos poderosos motivos de consuelos sobrenaturales. Lo que Nos con-

trista más vivamente, es la guerra cada día más violenta que se hace contra la Iglesia católica y contra la divina institución del Pontificado. Nós deploramos amargamente, como es justo, todo lo que se emprende en su detrimento, en el seno mismo de otras naciones católicas, y Nós no omitimos nada de lo que el deber apostólico Nos impone, para defender y poner á salvo en todas partes los derechos de Dios y de la Iglesia. Pero Nós experimentamos mayor pena y aflicción por lo que sucede en Italia y en Roma, centro del catolicismo y Silla privilegiada del Vicario de Jesucristo; aquí donde los ataques enemigos son tanto más graves, cuanto que vienen á herir más directamente al poder supremo, al que están estrechamente unidos el bien, la vida y la acción social de la Iglesia en el mundo.

Y estos motivos que Nos hemos tenido siempre para dolernos amargamente, se han acrecentado desde hace algun tiempo más allá de toda ponderación, y ellos revelan más que nunca qué designios, velados por inventados pretextos y vanos distingos, se ocultan contra la Iglesia. Sus institutos más benéficos, sus doctrinas, sus Ministros, sus derechos, nada ha sido respetado; se amenaza con dictar nuevas leyes, que segun lo que de ellas dice el rumor público, tienden á extinguir los escasos recursos, cuya posesión

se ha dejado aún en propiedad á la Iglesia, mientras que se trata de favorecer la ingerencia de los laicos en las cosas eclesiásticas con todos los efectos desastrosos que de ello se derivan siempre. Se aguzan todas las armas contra la enseñanza y la educación cristiana de la juventud, y, segun las aspiraciones de las sectas, se quiere hoy más que nunca que la educación no se base en los principios católicos: hasta la reclaman abiertamente anticatólica. Son tambien un efecto de hostilidad creciente, esas medidas odiosas adoptadas recientemente contra pobres é inofensivas religiosas dignas de toda compasión, á las cuales se arrebató la compañía y la ayuda de personas queridas, que habian libremente escogido vivir con ellas en sus modestos retiros. Pero los asaltos más furiosos, los ódios más implacables de las sectas y de los que las secundan, se han dirigido con preferencia contra el Soberano Pontífice, piedra fundamental sobre la cual reposa el sublime edificio de la Iglesia. Baste decir que se ha osado denunciarle públicamente como el enemigo de Italia en todos los tiempos, y designarle con tales nombres de oprobio y de desprecio, que la lengua tiene horror á repetirlos.

Despues de esto, ¿qué tiene de extraño el que en las reuniones populares, en los comicios públicos, en la prensa, se hayan lanzado contra

el Papa los ultrajes más viles y las injurias más indignas? ¿A quién ha de admirar que una vez atizados de este modo los ódios, se hayan cometido en diversas poblaciones de Italia horribles afrentas contra la dignidad pontificia? Y viniendo á los más feroces designios, qué tiene de extraño que se haya amenazado entregarse contra Nós y contra Nuestra morada pacífica á las últimas violencias? Y lo peor es que tales manifestaciones de ódio y de furor contra la más benéfica institución que ha existido jamás para ventaja comun del mundo, y muy particularmente de Italia, han podido realizarse libremente sin que haya hecho, quien quiera que sea, nada eficaz para impedir las.

En tal estado de cosas, puede verse de qué manera está respetada la dignidad y puesto á salvo el honor de Nuestra persona; se comprende qué seguridad y qué suerte de libertad se Nos ha dejado para el ejercicio del ministerio apostólico! Se dice, es verdad, y se repite continuamente que en las condiciones actuales no se Nos impide el gobierno de la Iglesia. ¿Pero esto, qué quiere decir? Los Papas han gobernado la Iglesia durante los primeros siglos, en medio de las persecuciones. La han gobernado lo mejor que han podido, aun en el fondo de la prisión y en el destierro; y esto prueba la virtud divina de la Iglesia, no la

libertad de que gozaran los Papas en aquellos tiempos. Por lo demás, si no se impide completamente ¿acaso no se hace este gobierno más y más difícil? ¿Y acaso no depende del arbitrio de los que tienen en las manos el poder acrecentar y agravar los obstáculos de dicho gobierno?

Por esta causa, Nos es evidentemente imposible acomodarnos al presente estado de cosas. Y puesto que los enemigos, fuertes con el apoyo de los poderes humanos, no omiten nada de aquello que puede perpetuar esta situación, Nós sentimos por Nuestra parte el deber de renovar, contra los antiguos y los nuevos atentados, las protestas más formales de reivindicar para la salvaguardia de Nuestra independencia, los sagrados derechos de la Iglesia y de la Sede apostólica. Nuestra confianza está colocada en Dios, de quien en depende todos los acontecimientos humanos. ¡Dígnese acoger con bondad Nuestras humildes oraciones y las de toda la Iglesia en estos dias de gracia y de misericordia, y escuchar Nuestros ardientes votos!

En esta esperanza, Nós renovamos al Sacro Colegio Nuestros deseos por su ventura, y como prenda de Nuestro especial afecto, Nós concedemos con toda la efusión del corazón la Bendición Apostólica á todos y á cada uno de sus miembros, como también á los Arzobispos, Obispos y á todos los aquí presentes.

PROTESTA DEL EPISCOPADO ESPAÑOL

CONTRA LOS

DESAFUEROS DE QUE ES OBJETO EL PAPA.

Nunca oyeron las gentes ni se vió en el variado movimiento de los siglos el espectáculo de un Papa rigiendo y gobernando el universo con los pálcemes de los heraldos de la sabiduría y de la política, y con representantes apostólicos en toda la redondez de la tierra, al mismo tiempo que herido y maltratado por muchedumbres que de cerca le miran para insultar en su veneranda ancianidad la majestad del Pontificado; demostrando así que en pleno siglo XIX es posible escarnecer los sentimientos de justicia y de caballerosidad mortificando las ideas más vulgares del miramiento y del decoro públicos. Esto ha pasado con asombro universal desde que el Papa se vió precisado á resguardarse tras las paredes de su augusta morada y renunciar á la justa libertad de salir de ella, ni aún para el cumplimiento de los santos deberes de su augusta misión.

Públicos y notorios son los inauditos desafueros de que constantemente ha sido objeto, los cuales se han agravado indeciblemente en la tristísima época en que vivimos. No bastaba haberle despojado injustamente de su soberanía temporal y

de la independencia y libertad que de ella nacían; no bastaba obligarle moralmente á no salir jamás de su mansión; no bastaba haberle arrebatado todos los medios y elementos necesarios para regir la Iglesia universal, sino que por último se ha llegado hasta censurar pública y reiteradamente sus mismos actos de Pontífice, á desfigurar sus intenciones, á lanzar injurias y amenazas contra su sagrada persona, y á pisotear impunemente y hasta con complicidad y connivencia de las autoridades su misma altísima é incomparable dignidad. Aún se ha hecho más: se ha llegado hasta calificar de intangible el deplorabilísimo estado de las cosas de Roma.

A la vista de un cuadro tan negro y horroroso, que subleva todos los sentimientos delicados y de rectitud y justicia del corazón humano, el Episcopado español, que ha procurado obrar siempre como cumple á su característica religiosidad y á su proverbial catolicismo, no ha podido ménos de sentirse herido en lo más vivo de su corazón y de su conciencia, y por eso se apresura á protestar pública y solemnemente contra tan inauditos atropellos, y á declarar que nunca dejará de hacerle y de contribuir con todas sus fuerzas á que jamás se arranque á Roma su carácter, el indeleble sello de ciudad esencialmente pontificia, centro del catolicismo, sede principal de la

religión, consagrada por la sangre de los príncipes de los apóstoles y la de innumerables mártires, cimentada sobre los más legítimos de todos los derechos y sancionada con el inestimable sufragio de XIX siglos; por lo cual todo el Episcopado católico, los fieles del universo entero la reclaman con todo el patrimonio de San Pedro, y seguirán reclamándola sin intermisión, fundados en un derecho incontrastable, imprescriptible, anterior y superior á otro cualquiera, convencidos de que es garantía indispensable de la libertad é independencia del Vicario de Jesucristo, de la paz del mundo y de la tranquilidad y sosiego de las conciencias. Por motivos tan poderosos claman, sin cesar continuarán clamando y no dejarán de clamar jamás.

Y esperan con fundamento que los pueblos y los gobiernos, abriendo sus ojos á la luz, trabajarán unánimes en nombre de los intereses más sagrados á todos comunes, del fundamento de todo derecho, de las instituciones más acreedoras á profundo respeto y áun de la conservación de la misma sociedad, hasta alcanzar, con la paz de Italia, la reposición del Jefe de la Iglesia en la situación á que tiene derecho, y que le asegure de una manera eficaz y duradera la independencia y libertad que necesita para el cabal desempeño de su misión elevadísima, aca-

bando de una vez con la situación actual, únicamente fundada en la incivil y bárbara fuerza bruta.

Mientras tanto, la Iglesia, esparcida por todo el mundo, y todos los hijos fieles de Nuestro Señor Jesucristo, procuraremos estrechar más y más los vínculos de fé y caridad que nos unen, y perseveraremos constantes en la oración y plegaria hasta conseguir el fin.

Toledo, 8 de Diciembre de 1886.
—Fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.

Provincia de Toledo. — Miguel, Cardenal Payá, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas. — Pedro, Obispo de Plasencia. — Antonio, Obispo de Sigüenza. — Juan María, Obispo de Cuenca. — Ciriaco, Obispo de Madrid-Alcalá. — Luis Felipe, Obispo de Coria. — Ramon, Obispo de la Habana. — José, Obispo de Dora, Prior de las Cuatro Ordenes militares.

Provincia de Zaragoza. — Francisco de Paula, Cardenal Benavides, Arzobispo de Zaragoza. — Cosme, Obispo de Tarazona. — Ramon, Obispo de Jaca. — Honorio, Obispo de Huesca — Antonio, Obispo de Teruel y administrador apostólico de Albarracin. — Antonio, Obispo de Pamplona. — Vicente, Obispo de Derbe, auxiliar de Zaragoza. — Juan Antonio Puicercus, Vicario capitular de Barbastro.

Provincia de Valencia.—Antolin, Cardenal Monescillo, Arzobispo de Valencia.—Manuel, Obispo de Menorca.—Francisco, Obispo de Segorbe.—Jacinto, Obispo de Mallorca.—Juan, Obispo de Orihuela.—Manuel Palau, Vicario capitular de Ibiza.

Provincia de Sevilla.—Fray Zeferino, Cardenal Gonzalez, Arzobispo de Sevilla.—Fernando, Obispo de Badajoz.—José, Obispo de Canarias.—Sebastian, Obispo de Córdoba.—Vicente, Obispo de Cádiz y administrador apostólico de Ceuta.—Silverio Alonso del Castillo, Vicario capitular de Tenerife.

Provincia de Búrgos.—Manuel, Arzobispo de Búrgos.—Pedro, Obispo Osma.—Juan, Obispo de Palencia.—Mariano, Obispo de Vitoria.—Antonio, Obispo de Calahorra.—Vicente, Obispo de Santander.—Francisco, Obispo de Leon.

Provincia de Compostela.—Victoriano, Arzobispo de Compostela.—Cesáreo, Obispo de Orense.—Fernando, Obispo de Tuy.—Fr. Ramon, Obispo de Oviedo.—Fr. Gregorio, Obispo de Lugo.—José María, Obispo de Mondoñedo.

Provincia de Granada.—José, Arzobispo de Granada.—Fr. Vicente, Obispo de Guadix.—Manuel María, Obispo de Jaen.—Tomás, Obispo de Cartagena.—Marcelo, Obispo de Málaga.—Eduardo Valverde, Vicario capitular de Almería.

Provincia de Tarragona.—Benito, Arzobispo de Tarragona.—Tomás, Obispo de Lérida.—Tomás, Obispo de Gerona.—Francisco, Obispo de Tortosa.—Salvador, Obispo de Urgel.—José, Obispo de Vich.—Jaime, Obispo de Barcelona.—Ramon Calsals, Vicario Capitular de Solsona.

Provincia de Valladolid.—Benito, Arzobispo de Valladolid.—Antonio, Obispo de Segovia.—Tomás, Obispo de Zamora.—Fray Tomás, Obispo de Salamanca.—José Tomás, Obispo de Filipópolis, administrador apostólico de Ciudad-Rodrigo.—Juan, Obispo de Astorga.—Luis Gonzalez, Vicario Capitular de Avila.

REFLEXIONES FILOSÓFICAS

SOBRE LA MUERTE.

(Conclusion.)

Tenemos el derecho de conquista! ¡Ah! esto es lo mismo que decir; tenemos el derecho de tomar, de talar, de incendiar, de destruir lo ageno. Tenemos derecho de mutilar, de degollar, de matar, de sacrificar al inocente: tenemos derecho de ser injustos, sanguinarios, crueles, desnaturalizados, impíos: tenemos derecho de violar las leyes fundamentales de la naturaleza, y de la religión: tenemos derecho de obrar contra todo derecho: nuestro derecho

está en la boca de nuestros cañones, nuestra justicia en el filo de nuestras espadas, nuestra ley en la punta de nuestras bayonetas y de nuestras lanzas, nuestra razón en los numerosos ejércitos de que disponemos, porque somos los más fuertes. Este es el derecho de conquista. ¡Misera- bles! porque sois los más fuertes, teneis derecho á invadir injustamen- te una nación que ningun mal os ha hecho, á sumirla en los horrores de una guerra cruel; á regar su suelo de sangre, á sembrarlo de cadáve- res, á esclavizar los pueblos, á des- truir ciudades, á despojarla de sus riquezas, á llevar á todos sus ámbi- tos el luto, la desolación y la muer- te, por saciar vuestra ambición, por poseer un pueblo más, por añadir un nuevo laurel á vuestra usurpada corona? Pues el mismo derecho asis- te á los salteadores, los mismos tí- tulos tienen estos que aquellos; la voluntad y la fuerza. El salteador despoja al pobre caminante de su dinero por el deseo de enriquecerse, ó quizás llevado de la necesidad en que se encuentra por no tener recur- sos para alimentar á su familia. ¿Y por qué se ha de castigar á este y no al que injustamente invade una nación envolviéndola en los estra- gos de la guerra? ¡Ah! la historia, la fama, el mundo le apellida con- quistador, le saluda héroe, le canta himnos de triunfo, le corona de lau- rel, celebra sus victorias, porque

dispone de aguerridos ejércitos, por- que la fuerza le apoya. ¡Ah! no ne- garéis que hay paridad entre un invasor injusto de una nación y un salteador de caminos. Aquel lo hace al frente de legiones formidables, de escuadrones bien organizados, de trenes de batir; éste lo hace al frente de una cuadrilla más ó menos numerosa, aquel sobre millares de ciudadanos pacíficos, de ciudades indefensas, de pueblos que no pue- den resistirle; éste sobre el desgra- ciado caminante; y sin embargo á éste se le prende, se le castiga, se le carga todo el peso de la ley y á aquel se le apellida guerrero valien- te, capitán insigne, y conquistador ilustre, héroe invicto. A éste se le enaltece, se le alaba, se le ensalza, se le elogia; y á aquel se le vilipen- dia, se le envilece, se le prodigan los épitetos más injuriosos.

Así, pues, mudad de nombre, y vuestra profesión no os envilecerá. El nombre sólo es vuestro crimen. Apellidaos en adelante conquistado- res, llámaos héroes y ya podeis as- pirar al honor, á la inmortalidad, á la fama y á la gloria robando y des- pojando á vuestros semejantes. Bus- cad signos eternos de honor que os sirva de emulación y recompensa. Estudiad grados, títulos y geroglífi- cos. La usurpadora Roma os surtirá si vuestra fantasía no es bastante fe- cunda para la invención. Trajes y nombres pomposos; de nada más ne-

esitais, para alucinar y ofuscar. Presentáos con ellos y todo es vuestro. El dominio se trasfiere con un vestido y una palabra. Nadie os reprochará ni tildará entonces. Ninguno reclamará contra vosotros. Enmudecerá la viuda, cuyo esposo matasteis: enmudecerá el huérfano, cuyo padre asesinasteis: enmudecerá el hacendado, cuyos bienes usurpasteis: enmudecerá el comerciante, cuyo caudal robasteis: enmudecerán los tribunales: enmudecerán los jueces: enmudecerá la justicia: enmudecerá la ley: todo enmudecerá. Poseedores pacíficos de cuanto la fuerza puso en vuestras manos; no os remorderá la conciencia; no os asustará el crimen: no os ahuyentará el miedo: no os ocultará la infamia: no os estremecerá y aterrará la funesta y horrorosa idea del suplicio que mereceis. Mudad de nombre, y varía la escena en todas sus partes. En lugar de hurto, decid conquista; en lugar de salteadores conquistadores: en lugar de robar, conquistar, y vuestro nombre volará sobre las rápidas, y veloces alas de la fama por todo el mundo.

Historia, Oratoria, Poesía, Pintura, Escultura, Música, todas se disputarán el honor de elogiarle y eternizarle. Ellas no pueden negaros este tributo habiéndole prodigado á los Filipo, á los Alejandro, á los Gerges, á los Pirros, Escipiones, Mitridates, Pompeyos y Césares. Ellos

robaron reinos, incendiaron ciudades, destruyeron pueblos, despojaron provincias, talaron campos, y arrebataron la vida á millares de infelices, y se llaman conquistadores. Pues que la magia y el encanto consisten en el nombre, tomad vosotros el suyo, y recibid el incienso y la adoración. ¿Por qué se les ha de tributar á ellos y no á vosotros? ¿Por qué ellos han de ser celebrados, y vosotros obscurecidos? ¿Por qué ellos héroes, y vosotros, reos? ¿Será acaso lícito llevar el terror y la muerte á todas partes, y vituperable limitarse á una aldea, á un camino, y una montaña? ¿Será virtud destruir injustamente un Monarca; extinguir una Dinastía, usurpar un reino; y delito asaltar á un vasallo, sorprenderle y robarle una bolsa? ¿Será heroismo asolar diez Naciones, talar cien provincias, quemar mil pueblos, derramar la sangre de cien mil ciudadanos, y bajeza embestir á uno solo, golpearle, atarle y asesinarle? ¿Qué? ¿Tiene acaso el particular mayores derechos á su hacienda, á su independencia, á su sosiego, y á su vida; que el Monarca á su trono, y la Nación á su libertad, á su paz, á su estabilidad, y á su rey? ¿Tienen valor las quejas y lágrimas de una sola viuda, de un sólo huérfano cuyo padre y esposo han sido robados y asesinados; y no le tiene el llanto universal de millares de huérfanos, y de viudas infelices,

á quienes se ha privado de sus esposos y de sus padres? ¿Habrá una ley tan injusta, que condene á la infamia y á la muerte, por un sólo hurto, y un sólo homicidio, y absuelva por mil homicidios y mil hurtos.

Sed justos, oh hombres, sed justos y consecuentes en vuestras deliberaciones y sentencias. Sed prudentes y racionales en vuestros fallos. O declarad por infame al conquistador, ó ennobleced al saiteador. O perseguid á aquel, ó protegéd á éste. O aborreced al uno, ó amad al otro. O ahorcad al primero, ó no hay patíbulos ni cadalsos para el segundo. Oh! si. Háyalos para todos. Persecucion, ódio y muerte para el ciudadano que no respete la vida y hacienda de otro ciudadano. Mayor persecución, y muerte mas dolorosa para el tirano que insulte los derechos sagrados de la humanidad. Persecución y castigo para el que en alas de su ambición, ó apoyado en la fuerza, ó escudado en su autoridad, atropelle los derechos de la justicia, huelle los fueros de la ley, oprima al débil, abuse del desvalido y del pobre haciendo triunfar la injusticia y la arbitrariedad por su ambición y soberbia. Maeran en afrentosos patíbulos estos mónstruos, estos tiranos, estos hombres que á la injusticia llaman legalidad, á la arbitrariedad justicia y ley al despojo y agresión injusta; conquis-

ta, al despotismo y tirania á la libertad, justa defensa de los derechos por ellos atropellados, rebelion, desobediencia; mueran sin que nadie les compadezca, les sienta ni les llore en todo el mundo. Mueran odiados, abominados, execrados y maldecidos del Universo. ¡Pues qué! ¿Pensaban hacerlo de otra manera? ¿Pensaban morir en el campo ilustre del honor? ¡Insensatos! Morir en el campo del honor quien jamás le conoció? ¡Morir en el campo del honor el que paseó la muerte por todas partes, el que fué para sus semejantes una furia, un tirano, un mónstruo! ¡Ah! ¡Que mueran como vivieron. Que mueran en el vilipendio, en la afrenta y en la ignominia!

El campo del honor no es para ellos. Está reservado para el ciudadano benemérito que ofrece voluntariamente su sangre, porque no se derrame la de sus conciudadanos. Está reservado para el noble y generoso hijo de la Patria, que se sacrifica por protegerla y auxiliarla en sus necesidades. Está reservado para el defensor ilustre de su Rey, de su Nación y de su religion. Está reservado para vosotros, Ceballos, Perez, Dionisio, que tantas veces impusisteis á un enemigo jactancioso con vuestro valor y vuestro brazo. Está reservado para tí, heróico Pacheco, que abandonado de tus soldados débiles, é instado por uno de ellos para que te retirases; esta

es, respondiste, la posición que me mandaron defender. Si se pierde, no se dirá que la perdió Pacheco. Cuando me dejen solo, solo pelearé: los enemigos que mate esos menos tendrá mi Patria. Yo no juré volver la espalda, ni seguir el ejemplo de los cobardes. Mis abuelos no supieron este oficio, y su nieto no vino á la guerra, para aprender lo que ellos ignoraron. El campo del honor está reservado para vosotros, Daóiz y Velarde, Castaños, Cuesta, Palafox, Alvarez de Castro, y demás héroes de la independencia española que con vuestras proezas asombrasteis al mundo arrollando las aguerridas legiones del capitan del siglo en Baylen, en Medellin, en Zaragoza, en Gerona, en el Bruch, y en otros mil puntos; las falanges de ese usurpador audaz que queria ceñirse á sus sienes la esplendorosa corona de los Recaredos, Alfonsos, Hernandos, Carlos y Felípes. Para vosotros Pescara, Launoy, Fernandez de Córdoba, Farnesio y demás capitanes insignes que hicisteis brillar el sol de las glorias españolas en Pavía, S. Quintin, en Ceriñola, Flandes, Nápoles, Italia y otras regiones del globo; para vosotros intrépidos marinos Juan de Austria, Churruca, Gravina, Mendez Nuñez que en Lepanto, Trafalgar, y el Callao abatisteis á vuestros enemigos y os llenasteis de gloria en defensa de vuestra Patria. Para vosotros Pe-

layo, Fruela, Alfonsos, Ramiro, Ordoño, Alfonso Enriquez, Fernando, Ruy Diaz de Vivar y demás intrépidos campeones de la reconquista española, que abatisteis, arrollasteis, destrozasteis las huestes agarenas en Covadonga, en Lutos, las Navas, el Salado, Calatañazor, Clavijo, Simancas, Zamora, Valencia, Córdoba, Murcia y Granada y las arrojasteis de la Peninsula Ibérica más allá de los mares, cubierto de ignominia y de verguenza el pendon de la Media Luna que siete siglos hacía flotaba sobre nuestro suelo. Para vosotros está reservado, intrépidos y valientes hijos de la Patria, que comprasteis con vuestra sangre nuestra independencia y libertad, y rompisteis las duras y pesadas cadenas de la tiranía y el despotismo. Para vosotros está reservado. Para vosotros solos es campo de honor, campo de fama, campo de gloria, campo de la virtud, campo de los héroes, campo respetable y sagrado de los felices mártires de la Patria. Para vosotros solos. ¡Oh!....

Llegue un dia claro y luminoso en el que, enmudeciendo la voz lisonjera de la adulación, sola la verdad entone sobre él sus himnos y cánticos celestiales. Llegue un dia bien aventurado, en que roto el clarín de la fama falsa y espúrea, oiga el mundo vuestros nombres en el de la verdadera y legitima fama. Llegue un dia justo, en que ciencias y

artes consagren sus trabajos á vuestra memoria, y la trasmitan gloriosa, cual es, é inmortal á las últimas generaciones. Llegue un dia en que la historia prodigue solamente sus alabanzas á los que en justa defensa de su patria invadida por un conquistador ambicioso, déspota y cruel y enemigo de su Dios se sacrificaron por ella y por su religion. Alabe, ensalce, elogie tan solo los nombres ilustres y gloriosos de una Judith que arrastrando peligros sin cuento arranca la vida al soberbio conquistador Asirio que habia invadido su Patria, al heróico Judas, al arrojado Matatias, al valeroso Simon, al esforzado Jonatás, y valiente Juan que defienden su religion y su patria contra los Antiocos audaces, Sirias sacrílegos, impios Alcimos, Apolonios, Demetríos y Bagnides, de Leónidas que la defiende contra los Persas, de un David que abate al soberbio Goliath enemigo de su patria; canta el heroismo de Guzman el Bueno, admiración de Tarifa y asombro del mundo, el valor de los Numantinos, Sapistinos y Estepaños, que antes que rendirse al enemigo de su Patria se arrojaron á las llamas, la intrepidez de los Toledos, Pizarros, Cortés, y otros mil y mil héroes que llenan el mundo con el eco de sus proezas y hazañas en defensa de su Patria y de su religion. Llegue un dia en que la razon recobre su empeño, encadene al

error para siempre, deshaga sus obras y palacios ruinosos, destruya las torres soberbias que levantó, anonade los gigantes fantásticos con que sedujo, envilezca los bastardos héroes á quienes incensaba, reduzca á polvo los robados laureles de los conquistadores, incendie la escandalosa lista de los tiranos; sepulte en el abismo al horrendo y sanginario monstruo de la guerra, y haga que solo se acuerden de ella los hombres para execrar al primero que la inventó; y honrar y bendecir únicamente á los que la sostuvieron, como vosotros, por defender la Religion y la libertad de la Patria. Llegue un dia de ventura y de delicias; un dia en que triunfe la verdad, recobre su imperio la paz, brille la justicia, un dia en que la union, la fraternidad, la caridad sea el único patrimonio de todos los mortales; llegue un dia en el que unidos todos como hermanos, y detestando, abominando y esterminando á todos los usurpadores ambiciosos y crueles los arroje al sepulcro cubiertos de ignominia y de infamia, y escriba estas palabras con caracteres indelebles, como perpétuo monumento para las generaciones venideras: Aquí yace el último y más inicuo de los conquistadores. Quiso, y no pudo esclavizarme. La guerra se estinguió con él, y la humanidad perdió su mejor y más acreditado ministro. Principiaron los hombres desde en-

tonces á ser hombres. Dejaron de inmolarse en aras de una ambición bárbara y cruel, y de pagar tributos adelantados á la hidrópica y codiciosa muerte.

JOSÉ CUADRADO, Pbro.

IGNORANCIA RELIGIOSA

É

IDOLATRIA CIENTIFICA

DE LOS

ENEMIGOS DEL CATOLICISMO

DISCURSO

POR

D. Manuel Polo y Peyrolón

Catedrático del Instituto.

(Conclusion.)

V.

Pero ¿cuáles son las causas de la ignorancia é idolatría, que nos ocupan? Procuraré condensar la contestación en pocas líneas, pues el asunto es complejo y se presta á minuciosos análisis.

La primera y más poderosa, en mi humilde sentir, es el orgullo, fuente y raíz del *non serviam* de Luzbel, del pecado original y de todos los males que por dicha puerta se han colado en el mundo. *Scientia*

inflata, dice San Pablo (1) y San Agustin, recordando sin duda las palabras del Apostol: *Nimis inflata facies mea clauderat oculos meos* (2). En efecto, la ciencia hincha y ciega y «el P. Juan Mariana observa, por su parte, usando de una expresión pintoresca y original, que la última camisa de que se despojan los hombres sábios es la soberbia (3).» Habitados, pues, á resolver todas las cuestiones, incluso las más misteriosas é insolubles, á la simple luz de su razón natural, prescindien del órden sobrenatural, menosprecian las ciencias religiosas y metafísicas, olvidan sus principios fundamentales y preceptos más vulgares, y mientras por un lado entran en su mente hechos y más hechos, é hipótesis y más hipótesis para explicarlos, por otro lado salen y se retiran como avergonzadas las verdades filosófico-religiosas, que cuando ménos tienen el mismo derecho á la existencia intelectual, que las verdades científicas.

No procedieron así los grandes maestros y fundadores de la ciencia moderna, todos ellos espiritualistas y religiosos. Se desvelaban por sorprender los secretos naturales, tra-

(1) 1. Cor., 8-1.

(2) *Confes.* lib. VII.

(3) *Harmonia*, etc., por el P. Miguel Mir, pág. 192.

bajaban sin descanso por leer una línea; una palabra de ese misterioso libro llamado *Cosmos*; pero no prescindieron nunca en sus penosas tareas científicas de la luz clarísima que sobre la razón humana proyectan esas refulgentes antorchas, llamadas existencia de Dios, inmortalidad del alma, libre albedrío, principios de contradicción, de causalidad, de razón suficiente, etc., etc. El orgullo, en cambio, ciega á los sucesores de estos sábios ilustres hasta el punto de que jamás se les ocurre levantar los ojos al cielo, mientras se pasan la vida estudiando las miserias de este bajo mundo.

El exclusivismo científico, hijo de la excesiva división y subdivisión del trabajo intelectual, es otra de las causas de los males que lamentamos. Vivimos en la época de los especialistas. Verdad es que las ciencias físico naturales son tan vastas como el mundo y para llevarlas de frente, abarcándolas en sus detalles casi infinitos, ni basta la vida del hombre, ni tiene potencia cognoscitiva bastante; pero se divide y se subdivide demasiado, se encastilla cada cual en su especialidad y el astrónomo, por ejemplo, desprecia al micrógrafo, el geólogo al fisiólogo, el que se dedica á coleópteros nada quiere saber de lepidópteros, etc., etc. Resultado, que con el menosprecio de las ciencias extrañas á nuestra especialidad, viene

también el desprecio de los procedimientos y métodos peculiares de cada ramo del saber, y de aquí multitud de perjuicios, causa de exageraciones idolátricas y de ignorancia.

Consagrándose con alma y vida á pequeñeces y detalles menospreciando y desconociendo la religión y la metafísica, faltan necesariamente esas grandes síntesis y pensamientos generales y hondos, que abarcan el maravilloso conjunto de la creación y en alas de la fé, lo mismo que de la ciencia, se remontan al trono excelso del Creador para prestarle la adoración que le es debida y admirar en el Soberano Artífice la obra soberana.

Las muchedumbres, por último, que de las ciencias físico-naturales reciben beneficios sin número, pues notorio es que los grandes inventos, los continuos progresos científicos aumentan el bienestar general, la riqueza pública, la cultura del país, los goces del cuerpo durante la vida presente en una palabra; aclaman á la ciencia, ensalzan á los sabios, los colocan, no solamente sobre su cabeza, sino por encima de las nubes más altas, y los unos se desvanecen, los otros se prosternan y todos olvidan que no solamente de pan vive el hombre.

Esto, no obstante. ¿quién puede dudar de los beneficios que las naciones deben á las ciencias? Sería

negar la luz del sol en pleno día. Y ¿de dónde vienen esos beneficios? ¿Quiénes son hoy día en el mundo los verdaderos representantes y ministros de las ciencias físicas, los dispensadores de tantos bienes materiales? Triste es decirlo; pero tenemos el deber de reconocerlo y confesarlo. Oid cómo se expresaba en Octubre de 1882 la *Revista Católica* de Lovaina:

»Después de la época de progreso y esplendor que distinguió al comedio del presente siglo, la religión ha sufrido pérdidas deplorables y la fé se ha extinguido por completo en numerosos corazones. El mal ha tomado además un carácter más grave... Actualmente se alardea y se predica á voz en grito el más profundo desprecio; se mira al Cristianismo como la religión más absurda que ha existido, la Biblia no es más que la colección de las fábulas paganas más despreciables.

»Se dan al árbol golpes de hacha en la misma raíz: los dogmas más elementales de la religión son arrastrados por el fango. Cada día ve nacer un nuevo sistema, que sirve para derribar una piedra del edificio bíblico y para minar alguna creencia cristiana. No hay una página de la Escritura, ni un punto de nuestra fe ó de nuestro culto, que no sufra estos asaltos.

»Más de cien revistas científicas distribuyen periódicamente la cien-

cia por el mundo entero y forman los sistemas reinantes, que otras hojas casi innumerables vulgarizan entre el pueblo. Ahora bien, de estas revistas que forman así la opinión general y cuya lectura es necesaria al mundo científico, ¿cuántas hay que estén en manos de los católicos y que defiendan su causa.

Muy pocas y esas pocas de escasa circulación é importancia. Mientras la incredulidad y el materialismo toman posiciones formidables en las alturas de la ciencia, los católicos todos nos retiramos al santuario y en él lamentamos como mujeres lo que no sabemos defender como hombres en el campo de batalla. He dicho todos y no es exacto: hay que hacer una excepción honrosa en favor de la bien llamada caballería ligera del Catolicismo, de esa valiente Compañía de Jesús, que aunque se vé casi sola, no se amedrenta y estudia, habla y escribe sin cesar y publica su admirable *Civiltà Católica* en Italia, é inspira la *Revista de las cuestiones científicas* en Bélgica y acepta en todas partes la batalla, en el campo de las ciencias físico-naturales, que es en donde el enemigo la presenta.

VI.

¿Cómo remediar males tan hondos? ¿Cómo conseguir poco á poco que el antagonismo de hecho existente entre la ciencia y la fe desapa-

rezca? De sencilla manera: trabajando para que los católicos sean científicos, y los científicos católicos; exponiendo y entendiendo los dogmas de la fe *ad mentem Ecclesiae* y no tomando por razones verdaderamente científicas las meras hipótesis y sueños fantásticos.

Es preciso que, á toda costa, desaparezcan para siempre esa ignorancia religiosa é idolatría científica que aquejan á los enemigos del Catolicismo, para lo cual nada tan eficaz y práctico, en opinión de personas sensatas y doctas, que siguen el movimiento científico contemporáneo de cerca, como que los católicos salgan de su imprudente retraimiento, que con amor y entusiasmo se dediquen al estudio de las ciencias novísimas, que si es posible se coloquen al frente del progreso científico para encauzarlo y dirigirlo, que hagan respetar sus nombres adquiriendo esa aureola, hoy tan popular, de los conocimientos positivos, que á la vez, en una palabra, difundan las enseñanzas de la fe y rectifiquen las exageraciones ó errores de la ciencia. No soy yo quien lo afirma: Duilhé de Saint-Projet, ilustrado canónigo de Toulouse, en su ya célebre *Apología científica de la fe cristiana*, dice á este propósito:

»Es preciso de buena ó mala voluntad colocarse en frente de estos problemas nuevos que preocupan á

los hombres más distinguidos de nuestros tiempos; es preciso contemplar la realidad científica en toda su magnitud y su terror...»

»Creer que las sencillas protestas del sentido común, que las agradables sátiras del hombre-mono y los átomos de gancho, son suficientes para remediar tanto daño, es una funesta ilusión. Para preservarse uno mismo, para preservar á los demás, para iluminar las conciencias vacilantes ó pervertidas, no hay más que un medio seguro: *colocarse en frente de los nuevos problemas y oponer á la mentira científica, la verdad científica.*

Esto dice el Canónigo citado, un doctor particular pero, entendedlo bien, el doctor de los doctores, el Romano Pontífice reinante, León XIII, en el Breve que con fecha 8 de Julio de 1885 se dignó dirigir al autor de las anteriores líneas, se expresa en estos términos:

»Con razon, pues, Nos aprobamos que hayas ejercitado tu aplicación y las facultades de tu ingenio en argumentos de esta índole, tan importantes y oportunos por sí, como apropiados á las necesidades de la época presente.»

Roma locuta, causa finita.

HÉ DICHO

SECCION LOCAL.

Mañana domingo comenzarán en la Parroquia de Santa Maria los ejercicios espirituales de las Señoras de las Conferencias de San Vicente de Paul, los cuales serán dirigidos por dos Rdos. PP. de la Compañía de Jesús. Horas: nueve de la mañana y cuatro y media de la tarde.

El mismo día será la ceremonia de la bendición y colocación de la primera piedra para el edificio que se destina á las Siervas de Jesús de la Caridad, cuyo solar está contiguo á la hermita de San Roque, y ha sido cedido por el Excmo. Ayuntamiento al expresado fin.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En las Capuchinas, á las ocho de la mañana, misa y comunión de las Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús; y por la tarde á las cuatro, la función acostumbrada de la Archicofradía, con exposición del Santísimo.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete de la mañana, misa de renovación y bendición del Santísimo concluida la misa. Por la tarde á las cuatro el Santo Trisagio.

LA PASTORAL

DEL

VENERABLE OBISPO DE PLASENCIA

de D. Juan M. Ortí y Lara

EDICION DE LUJO

CON EL RETRATO DE SU ILUSTRÍSIMA.

Precio en venta: una peseta. Para los suscritores á nuestro periódico: cincuenta céntimos.

Se vende en esta administracion.

En la administración de este periódico se halla á la venta un importante folleto que recomendamos con todo interés á nuestros lectores.

Lleva por título *Documentos episcopales contra el liberalismo reinante*, y contiene nueve que son otras tantas condenaciones en que se expone la doctrina católica relativa á la gran herejía de nuestros días.

Esos documentos, dignos de ser leídos y meditados, van precedidos de un prólogo de D. J. M. Ortí y Lara, formando un folleto de 75 páginas en 4.º, con esmerada impresión y papel excelente.

El precio de este folleto no puede ser más módico: cincuenta céntimos de peseta.

ANUNCIO.

Sombreros sin cola á 36 reales, Mendez Nuñez, 14. — Sombrerería de Selfa.

ALICANTE.—1887.

Imprenta de Antonio Seva.